



Capítulo 537: Corazón de la Semilla

La raíz que se había abierto ante ellos descendía como un corredor en espiral, y al pasar por él, el grupo entró en un espacio que ya no parecía parte de un bosque, sino el interior de un ser vivo que había respirado durante milenios. El techo estaba formado por nervaduras translúcidas, como el vientre de una criatura colosal; cada pulso hacía que la luz corriera en ondas azuladas y plateadas a través de las paredes, iluminando el camino.

El aire era denso, cargado de resina, recuerdos y algo parecido al olor del hierro recién forjado. No había silencio: todo el espacio vibraba con un sonido subterráneo, bajo y constante, como el latido de un corazón.

El suelo estaba irregular. Estaba formado por raíces entrelazadas que, al pisarlas, cedían ligeramente, emitiendo grietas amortiguadas. Entre ellos corrían delgados ríos de savia brillante, cuyos colores cambiaban del ámbar al violeta a medida que reflejaban el toque de la luz. Ocasionalmente, las gotas caían de las paredes y se acumulaban en pequeños charcos luminiscentes que pulsaban como ojos medio abiertos.

En el centro de la vasta cámara se alzaba una formación imposible de ignorar: una columna en espiral, como el hueso de un dragón fusionado con madera viva. De él se extendían raíces delgadas que subían hasta el techo, conectándose a las paredes como nervios. La columna emitía calor—no abrasador, sino el calor de un horno que se mantenía encendido sólo por costumbre.

Naberio caminó hasta el borde de la columna y extendió los dedos, sintiendo la vibración ondular a través de sus huesos. "Es como tocar un cadáver que todavía sueña," murmuró con una extraña reverencia.

Zafiro resopló, con los puños ardiendo. "Cadáver o no, siento fuego escondido en mi interior. Simplemente pela la piel."



Virgilio, que hasta entonces sólo había sonreído ante el pulso creciente, levantó la gema negra que tenía en la mano. A medida que lo acercaba a la columna, el cristal brillaba más, respondiendo al llamado del lugar. Las raíces cercanas retrocedieron, como si lo reconocieran como invasor y heredero.

Ada apretó el brazo de su madre, con los ojos muy abiertos. "Madre...parece viva. Nos está mirando."

Rafaelina agarró con fuerza la guadaña y miró fijamente la columna. "Por supuesto que lo es. Simplemente no sabemos si nos ve como invitados... o como comida."

El protector con el kimono blanco se encontraba en el umbral de la cámara, todavía como una estatua. Su voz resonó en el espacio con autoridad, pero también con cansancio. "Este es el Atrio de las Raíces. El corazón exterior. Aquí, el Árbol sopesa las intenciones. Todo deseo que lleves será puesto a prueba. Si os mentís a vosotros mismos, os devorará sin necesidad de mover una hoja."

Las paredes reaccionaron a su discurso: runas medio ocultas se iluminaron y serpentinas de luz giraban alrededor. El aire se hizo más pesado y cada uno sintió que sus propios pensamientos se hacían más fuertes, casi audibles. Los recuerdos comenzaron a surgir como reflejos en la savia: las batallas de Rafael, los ejércitos de Zafiro, los pactos rotos de Naberio, la carga silenciosa de Sepphirothy, los miedos de Ada, las cicatrices de Rize.

Y sobre todos ellos, una sombra se cernía dentro de la columna —sin forma precisa, sólo una presencia masiva. Parecía doblar el espacio, como si se abriera un ojo dentro de la madera.

Virgilio levantó la barbilla, su sonrisa se ensanchó y la gema latía como un segundo corazón. "Entonces... el verdadero juego comienza aquí."



El Árbol respiraba— y la respiración recorría el espacio como un vendaval interno, llevando consigo un coro de voces antiguas. No eran palabras ordinarias, sino fragmentos, ecos de mil gargantas muertas susurrando simultáneamente. El sonido penetró en los huesos de todos, provocando escalofríos en sus espinas, no por el frío, sino por el reconocimiento: la vida misma siendo juzgada.

El corredor en espiral continuaba hacia abajo y con cada paso el espacio se hacía más estrecho y opresivo. Las raíces, una vez simplemente retorcidas, comenzaron a latir con símbolos que se formaban y se desvanecían como respiraciones. Las runas antiguas goteaban por la madera como sangre líquida de hierro, encendiéndose con cada latido de ese corazón colosal.

Naberius se rió suavemente, lamiéndose los labios. "Es como descender por la garganta de un dios muerto. Me encanta." Su espada vibró por sí sola, como si ella también sintiera la llamada.

Zafiro caminaba con pasos firmes, el calor de su aura hacía que la savia brillara de color naranja cada vez que se acercaba. "Un dios muerto todavía puede ser destrozado. Llegaré al núcleo y lo tomaré." —

Sephirothy, a diferencia de los demás, tocaba las paredes con las yemas de los dedos, con los ojos fijos, serios. "No está muerto." Su voz sonaba firme, como un diagnóstico. "Es un corazón dormido. Si despierta por completo, no seremos depredadores. Seremos presa."

Ada tembló, pero se mantuvo cerca de Rafaeline. Su mirada se dirigió hacia las piscinas luminiscentes del suelo. Dentro de ellos vio reflejos que no eran suyos —a veces el rostro de su madre, a veces el de Virgilio, a veces personas que nunca había conocido, pero que la miraban con ojos acusadores. Se mordió el labio hasta que probó la sangre.



Rize, más atrás, envió hebras de su red contra las raíces, tratando de descifrar la vibración. Las fibras temblaron, pero no resistieron; fueron succionadas hacia la madera como si el Árbol mismo tuviera hambre. Ella retrocedió rápidamente y se sobresaltó. "No le gustan los intrusos", murmuró. "No le gustan los trucos."

Rafaeline levantó su guadaña y golpeó la hoja contra el suelo. El sonido resonó como un trueno en el espacio cerrado. "Entonces no hagas bromas. Si vamos a despejar un camino, lo lograremos. Pero no dejes que ella decida quiénes somos. Eso lo debemos decidir nosotros."

Vergil avanzó al frente, cada vez más entusiasmado. La gema negra en su mano parecía guiarlo, pulsando en sincronía con el latido de ese corazón gigante. Sus ojos brillaban de un azul intenso y se reía suavemente cada vez que las paredes retrocedían ligeramente al tocarlo. "¿Lo sientes?" dijo, con la voz casi febril. "Es como si me reconociera." Como si supiera que yo era el intruso que tomaría lo que nunca quiso dar.

El espacio se abrió de repente. El estrecho pasillo se abría a una inmensa sala, una catedral orgánica. Los muros eran arcos de raíces petrificadas, el techo se elevaba como la boca de una caverna infinita. En el centro había un lago de savia líquida, dorada y espesa, que burbujeaba a intervalos, exhalando vapor fosforescente.

Sobre el lago, suspendido por raíces que se curvaban como dedos, se encontraba un solo fruto —negro y dorado, pulsando como si respirara. Cada pulso enviaba ondas a través de la superficie del lago.

Todos se detuvieron. Incluso los más arrogantes sintieron la gravedad de la vista.

La protectora del kimono blanco dio un paso adelante, con su mirada seria fija en la fruta. Su voz era baja pero clara:



"Este es el Corazón de la Semilla. Estoy siguiendo las órdenes de esta cosa, así que haz lo que quieras. ¿Quieres desafiar este lugar? Coloca tu mano allí y tendrás todo lo que deseas. Bueno, morirás instantáneamente." A mí no me importa, no sé por qué esta cosa quiere verte.

Ella dijo, mirando directamente a Virgilio.

